

EL MARTILLO

PERIODICO INDEPENDIENTE

Organo de la Asociación del Gremio de Toneleros

No se responde de los originales firmados

La correspondencia al Director
ESCUELAS, 12

Se reparte gratis a los Asociados.

SE PUBLICA LOS VIERNES

El amor al árbol

Un colega local llama la atención sobre el estado lamentable en que se encuentran los naranjos de nuestras calles y plazas, que deberían constituir el adorno típico de esta hermosa ciudad. Generalizando, podemos manifestar que esa desidia con relación al arbolado es nuestra característica.

Hay que educar la nueva generación en el amor al árbol. Hay que extirpar el odio al árbol, porque ese odio es injusto, grandemente injusto.

El arbolado, los parques y los jardines, significan belleza, higiene, esparcimiento, optimismo sano, vida hermosa.

Lo que decimos de las ciudades podemos hacerlo extensivo a la campiña, alegre cuando la hermosean los árboles, triste cuando está privada de su principal encanto.

Hay que predicar y practicar el culto al árbol. El hombre, impulsado por la ciega codicia, taló los bosques seculares, sin preocuparse de la repoblación forestal; y las cordilleras, antes lozanas, parecen simbolizar la muerte.

¿Por qué el odio al árbol nos ha llevado al extremo de destruirlo en los caminos, privando al fatigado caminante de la apacible sombra donde reponer las fuerzas? ¿Por qué en los inmensos cortijos no existen árboles, donde puedan descansar los obreros, en las horas de sol abrasador?

La madera de los millones de

árboles que podrían producir nuestras montañas representa una riqueza incalculable. La leña y el carbón se abaratarían considerablemente, y en el hogar del pobre no faltaría combustible en el crudo invierno; cuando el intenso frío agrava la situación aflictiva que el hambre crea en las familias trabajadoras.

Grande es la cantidad de aceite que en el territorio nacional se produce; pero debería ser infinitamente superior, a cuyo objeto el olivo ha de merecer la predilección de nuestras clases agrícolas. El almendro, el nogal, en suma, todos los frutales son dignos de nuestras simpatías. ¿Y la morera? ¿Por qué las enseñanzas de nuestra historia patria no nos alientan a cultivar la morera, para la restauración de una industria tan lucrativa y remuneradora?

El hombre no tiene derecho a sentir en su corazón odio al árbol, que es su amigo, su leal amigo. Enseñemos a los niños a amarlo, para que mañana embellezcan las ciudades, los caminos, los campos y las montañas; para que las generaciones venideras saboreen los más dulces y variados frutos y en ningún hogar falte el combustible en la estación cruda del invierno.

ANTONIO ROMA RUBIES.

En nuestro Centro social

Era de ver, en la noche del día 7, nuestro Centro. Hacía tiempo que no se veía tan concurrido por los obreros portuenses, excepción hecha de los compa-

ñeros toneleros, únicos que siempre han sido consecuentes con la Sociedad y por lo mismo han mantenido nuestro centro social.

De los gremios de panaderos, de zapateros, de toneleros y viticultores se veían por las secretarías del Centro; unos revisando cuentas del semestre, otros reunidos en Junta; el de zapateros en reunión para ver de tratar de reorganizar la Sociedad y el de viticultores y agricultores llenando el salón de actos, con motivo de una convocatoria que por el Centro obrero se había repartido para ellos al objeto de celebrar una reunión magna y tratar también de la reorganización de la Sociedad.

En fin, viendo a tantos compañeros ocupándose de sus respectivos gremios, para volver a la vida colectiva, parecía ensanchar el alma y llenar el corazón de un grande optimismo.

El acto que se celebró para los viticultores y agricultores resultó bien, a pesar de que los dos oradores, los compañeros Diego Velázquez y Alfonso Fernández, aun careciendo como carecen de oratoria, pudieron salir de sus compromisos, llevando al ánimo de los oyentes la convicción o la necesidad de nuestras luchas societarias para un vivir algo mejor.

Ya conocen todos los obreros del Puerto el despertar de la clase obrera por otras localidades ante la situación económica que se tiene debido a unos gobernantes de farándula. Los que lean verán que todos los asalariados que pertenecen al Estado se organizan copiando de los

obreros del músculo; y cuando este personal lo hace, cuando con un jornal más crecido que los nuestros y diario, crean sus Juntas de defensa, nueva cosa para quizás diferenciarse de nuestra organización, pues señal es que el malestar se siente en todas partes y que se hace imposible la vida del hogar y hay que buscar por medio de la unión otro régimen que haga más llevadero el vivir.

Los obreros del campo que son los más y los más necesarios, por eso de hacer producir a la madre tierra, son los que tienen que buscar más que otro la organización y así lo han entendido o lo entendieron los obreros del campo de antaño perteneciendo a aquella Internacional de los trabajadores, de la época de la República, y que se disolvió o la disolvieron los gobernantes de entonces, viniendo a parar en el colectivismo o sindicalismo de hoy.

Si el acto llevado a cabo en la noche del día 7 se ve coronado por el ingreso de los viticultores y agricultores en su Sociedad; si ésta toma el impulso que tuvo tiempo atrás, llevando por norma la reflexión y equilibrio que dan a las personas la edad madura, no sin dejar u olvidar lo que la edad de la virilidad presta, que es idea y fuerza, pues el Centro obrero podrá estar orgulloso de haber convocado a tan numeroso personal para los efectos de emancipación proletaria, tanto en el orden moral como en el material, que todos los obreros necesitamos.

Adelante, viticultores y agricultores del Puerto, y que vuestras secciones hermanas de Jerez, Sanlúcar y Trebujena, que dan fe de vida colectiva, puedan contar con una sección más para crear una potente Federación que sanee el ambiente económico porque se atraviesa.

Igualmente hacemos la misma excitación a los zapateros y panaderos. A no desmayar, y que todos unidos, vuelva el Centro, de todos, a verse con vida y ser tan consecuentes como vuestros

compañeros los toneleros lo han sido y vienen siéndolo con la organización.

A. RENATO.

Puerto.

Nuestra prisión

(Continuación).

La primer mañana que amanecemos en la celda que nos sirvió de prisión, nos dedicamos, como buenos higienistas, a la limpieza del mismo, dedicándose uno a recoger las puntas de cigarros, para dárselas al desgraciado que ejercía de limpia.

Otro a regar el pavimento, por dos causas: una para evitar que nuestros *petates* recogieran el polvo que al barrer se levantaba, y la otra para terminar el agua que contenía el cántaro, y un tercero a barrer.

Terminada la limpieza nos sentábamos en nuestros respectivos *petates*, o en el suelo aguardando el cambio de jefe, primera visita que en nuestro encierro recibíamos.

Tocaba una campana lo mismo que en los grandes talleres para meter mano y al poco rato sentíamos al calabocero venir hacia nuestra celda.

En aquel momento nos poníamos de pie y nos formamos en dos filas; entraban los vigilantes y mientras nos contaban, el *limpia* sacaba el *zambullo* y el cántaro, uno para vaciarlo y el otro para llenarlo, y una vez terminada esta operación se marchaban los vigilantes, dejándonos hasta que volvían otra vez pasada una hora para conducirnos a las ventanas de comunicación, donde nos tenían unos minutos.

Hermoso espectáculo presenciábamos al abrirse las ventanas. Pudimos ver tras las gruesas rejas, quizás, a todo el gremio; aquello parecía una casa de locos, todos querían hablarnos a la vez, sin que pudiéramos entender ni a nuestras familias.

Pasados los cinco minutos, que a nosotros se nos pasaron enseguida, nos entregaron los canastos con los almuerzos que nos habían llevado nuestras familias, volviendo a ser encerrados en la celda.

Nos dispusimos a almorzar, no porque tuviéramos hambre, sino por matar el aburrimiento en que nos encontrábamos, pues debemos advertir que no nos permitían ni periódicos ni libros de ninguna clase.

Al sacar las viandas notamos todos que a pesar de ser comidas para las cuales necesitábamos cucharas, ninguno la traíamos.

¡Qué coincidencia, dijimos, a todas nuestras mujeres se les ha olvidado mandar las cucharas!

Pero uno de nuestros compañeros nos sacó de nuestro error diciéndonos: «No es que se les haya olvidado a vuestras mujeres las cucharas; es que está prohibido usar cucharas de metal en este establecimiento; sólo permiten las de madera.»

No vamos a censurar la medida, pero nos parece que con nosotros no debían de haber extremado los jefes la medida, porque nosotros ni íbamos a quitarnos la vida, para no sufrir la afrenta del patíbulo, ni se la podíamos entregar a ningún preso por encontrarnos aislados de todos; pero ¿cómo iban los jefes a contravenir lo que el Reglamento de Prisiones les manda, si estamos en España, país de las paradojas?

A nosotros no nos permitieron las cucharas de metal, pero en cambio cada preso tenía su correspondiente navaja o cuchillo.

Así pasamos el primer día, dedicándonos a comer, fumar y conversar de asuntos societarios, como si la Directiva se hubiera declarado en sesión permanente.

Al segundo día, cuando llegamos a comunicación, suplicamos a nuestros compañeros no gritaran para poder entendernos con nuestras familias, las cuales nos preguntaban si habíamos recibido lo mandado el día anterior, como tabaco y otros regalos de amigos y parientes.

Entonces pudimos saber que no todo lo que entraba en los canastos llegaba a nosotros y eso tal vez fuera que al sacar del mismo la cuchara de metal salían enganchados en la misma los paquetillos de tabaco, cigarros puros, cajillas de a 50, cerillos y otras cosas, porque aquel día vimos perderse a nuestra vista una hermosa pescadilla frita del canasto de Antonio Moreno,

(Continuará).

PARA "EL MARTILLO"

REFLEXIONES

La instrucción sin premios ni castigos.

A. D. Antonio Roma Rubies.

He leído vuestro artículo «El obrero y la instrucción» en el número 368 del periódico *El Martillo* y me ha llamado grandemente la atención el párrafo donde hace us-

ted menciones del premio y el previo examen.

Enseguida vino a mi imaginación la máxima de que «los hombres hablando se entienden».

¿Lo conseguiremos?

Eso me propongo.

La lógica nos ha enseñado, por el estudio y la constante evolución natural, que el hombre partió de un principio erróneamente falso, inducido por los malvados que erigidos en autoritarios les ordenó obediencia a un superior y éste accedió sumiso por su ignorancia a los injustos mandatos de aquellos verdugos.

¡Ay, cuánto hubiera adelantado la Humanidad, si en vez de haber obedecido, como lo hizo, hubiera obtado por rebelarse contra los tiranos que les mandaban, qué feliz podía ser hoy la gran familia universal!

¿Qué hemos de hacer para que, de aquí en adelante marche la sociedad y la raza humana por el verdadero camino de su total emancipación, sin dogma de premios ni perjuicios de ninguna especie?

A nuestro juicio, renovando la escuela rutinaria y falsa actual por la racional científica basada en la verdadera pedagogía moderna, la única capaz de hacer del niño, no un egoísta y parásito como todos o la mayoría de los que han percibido y perciben premios que denigran al premiado y siembra el maldito odio existente en los demás.

Hace falta en vez de inspirar al niño en cosas fantásticas para hacer de él lo que desgraciadamente son muchos de los que hoy se creen hombres autómatas.

Nuestro deber es hacerle ver al niño que los progresos en todas las manifestaciones del saber humano; todos tenemos derecho a participar de esos beneficios, porque es producto de una serie de generaciones pretéritas de la que cada una contribuyó con su esfuerzo en su época al fomento de la riqueza social, hasta nuestros días, que el hombre moderno ha dado un impulso grandioso al engrandecimiento de esta gran riqueza social con sus investigaciones científicas; y que hay hombres que viven en suntuosos palacios, mientras que otros que son de carne y hueso como los primeros se ven obligados a dormir a campo raso por no tener un mal casucho para resguardarse de las inclemencias de la naturaleza.

El hombre que tiene el deber de velar por su mejoramiento moral e intelectual, lo ha tenido todo en completo abandono; de ahí la principal causa por la que no ha sabi-

do inducir sus pasiones hacia la verdadera dicha que como tal tiene derecho.

Así es, D. Antonio, que es más justo y humano que los trabajadores constituyan escuelas donde se instruyan los obreros y sus hijos, exentos de falsos dogmas por absurdos y retrospectivos, que confiando del Estado, porque la experiencia nos demuestra que todo lo que se le pida a éste es pedirle peras al olmo, teniendo la seguridad absoluta que no puede darnoslas.

¿Estamos?

J. Linares.

PARA LOS CARREROS

Apreciables compañeros: Permittedme que desde las columnas de este modesto semanario os hable hoy de lo que antes debía haberos hablado. Si antes no lo hice, ha sido porque ha habido quien me ha dicho más de una vez que no me preocupase de vosotros para nada porque vosotros los carreros sois unos individuos incapacitados para formar parte de un Sindicato de resistencia al capital.

Pero hoy, que veo el resurgir de todos los Sindicatos de la localidad, no puedo por menos que hacerme la siguiente pregunta: ¿Por qué tratando todos los gremios de organizarse y de reorganizarse los que están medio reorganizados, los carreros, que son el colmo de las desdichas en esta ciudad, no han de organizarse también?

Vosotros los obreros carreros lleváis una vida verdaderamente injusta, en comparación con la vida de los obreros de la localidad.

Los obreros de los talleres conocen el descanso dominical, la jornada de ocho horas; van al teatro y al mitin si tienen amor a las ideas de fraternidad y justicia; y a más de disfrutar esas mejoras, tienen sueldos más crecidos que los vuestros y gozan de una consideración distinta.

¿Cómo es posible que vosotros consintáis trabajar de la manera que lo hacéis?

Trabajáis desde las doce de la noche hasta las ocho o las nueve o hasta las doce de la noche venidera. Esta jornada, tan sumamente larga, da margen a que no podáis dormir ni dos horas en vuestros hogares, y cuando lo hacéis, tenéis que tener a vuestras madres, hermanas o esposas dispuestas para que os llamen, porque no siendo así no os sería posible llegar a la hora que el patrono os tenía citados, y después que llegáis a la pa-

rada donde habéis sido citados por el patrono, y éste con gran desparpajo os dice que como no tiene porte para el carro, no os puede dar trabajo, y os dice que vengais a la noche vedidera a las doce y dadas estas órdenes os vais para vuestros hogares desmantelados y sin haber podido ganar una peseta para los pequeñuelos.

Esto, mirado bajo el punto de vista moral y humano, resulta ser una infamia cometida por el patrono y consentida por vosotros los carreros. ¿Cómo es posible que consintáis que con vosotros se cometan tantas infamias e injusticias? ¿Habéis perdido por completo las fuerzas y el entusiasmo que tienen los hombres que aman la libertad, la justicia, la fraternidad y el bien, y no os queda más que la sangre del esclavo, del paria y del crápula idiotizado?

Yo creo que no; yo creo que entre vosotros quedan todavía compañeros con sangre de rebeldes, de inadaptados y de insumisos; por lo tanto, esos pocos sabrán propagar las teorías del sindicalismo entre los retrógrados y adaptados y propagadas que sean las teorías, se irá despertando entre esos individuos el odio a la propiedad privada, el Estado y la Religión, que motivan la miseria física y económica que sobre nosotros pesa.

Hay un medio, medio único, donde poder propagar el odio a esos tres factores que producen la miseria física y económica del individuo; ese medio es el Sindicato de resistencia al capital. Venid, pues, a él, carreros, y una vez sindicados, adquiriréis de vuestros explotadores más respeto a vuestra personalidad obrera.

Francisco Fernández.

Jerez.

POR LA SOCIEDAD

Sin caer en la exageración y sin temor a equivocarnos, podemos decir, que las desgracias que afligen al obrero en su vida económica e instructiva es culpa suya, por cuanto teniendo el arma de la Asociación a su alcance no hace uso de ella.

Muchos, pero muchos, son los obreros que miran con indiferencia la organización obrera por seceiones de oficios, y no solamente la miran con indiferencia, sino que hasta se burlan de ella y hasta hacen todo

lo posible por desacreditarla, oponiéndose a la consecución de los fines para que se crean las Sociedades, ya sea por una indolente apatía o ya por hipócrita servicio.

Decimos que la desgracia que aflige al obrero la puede remediar la asociación, porque prácticamente se han tocado los resultados beneficiosos cuando al organizarse un gremio todos han acudido y con fe se han prestado a la obra progresiva del proletariado, y no será posible llevar adelante una obra tan humana, como es la nuestra, si al estar dentro de la organización se principia a mirar con parcialidad todos los asuntos que se tratan, y al mismo tiempo si la fe y el sacrificio que debemos de prestar trócase por interés y mezquindades de sentimientos.

De aquí parten las causas principales porque en muchos casos fracasan las asociaciones obreras, fracasos que tras el perjuicio material que representa para nuestra clase e intereses, trae el perjuicio moral representado por la satisfacción que experimenta el capital, enemigo del productor.

Sabemos que cuanto se ha dicho y se diga sobre el particular es para muchos predicar en desierto, por cuanto no teniendo conciencia de su verdadera misión en la tierra, no es o parece hacerse imposible, para estos muchos cuanto se hace y se pregoná por la organización, aparte de tantos obstáculos como se oponen a ella.

Sin embargo, ante la parte de proletariado que nos ridiculiza, que mirando más por enviciar su alma no mira al progreso, haciéndose esclavo de sí mismo, vemos, y conforta el ánimo de todos los luchadores, apresuradamente avanzar la ola protectorista de los hombres de partidos hacia los obreros, como temblar la burguesía ante un paro general; pues merced a las huelgas que se sostienen puede decirse que se han conseguido ventajas y leyes que nos pongan a cubierto de accidentes, y

en este sentido no somos nosotros, aunque hay muchos ingratos, que si bien se oponen a nuestra marcha se aprovechan de los beneficios, quienes hemos de permitir que enflaquezcan nuestras organizaciones por tener en ellas la panacea a nuestros males.

El deber de padre, el deber de esposo, el deber de compañero y hasta el de la propia conciencia, nos dice una y mil veces que perseveremos en nuestros hermosos ideales; que seamos buenos socios y que nos acojamos a la Sociedad como baluarte firme de los sagrados derechos del proletariado.

A. RENATO.

Puerto.

El que espera, desespera

En el periódico *El Martillo* número 366, que tan dignamente dirige el gremio de toneleros, se publicó un artículo «A los compañeros cerrajeros», en el que le decían que podían asociarse sin temor a gasto de local, luz y agua, puesto que la Sociedad de Albañiles le facilita todo cuanto pueda para que puedan ponerse a la altura de las demás Sociedades.

En algunos ratos pienso y digo: ¿Es que no hay en Jerez cerrajeros que sean capaces de constituir la Sociedad? Sí, en el gremio de cerrajeros hay compañeros ilustrados y bien instruidos que sean capaces de organizar su gremio y llevarlo a la altura que están hoy las demás Sociedades.

Pues bien, compañeros cerrajeros, asociarse como verdaderamente les corresponde para defender vuestro derecho.

En la Sociedad de Albañiles los esperan desesperadamente para ayudarles en todo cuanto puedan. ¡Asociarse, asociarse y asociarse!

Antonio Natera Sánchez.

Jerez 15 Enero 1918.

Nueva Directiva

La Sociedad de Obreros Viticultores ha nombrado su nueva Junta Directiva, compuesta de los compañeros siguientes:

Presidente. — José del Valle Fernández.

Vice. — Domingo Martínez Santiago.

Secretario 1.º — Miguel Fernández Díaz.

Idem 2.º — Manuel García Rodríguez.

Tesorero. — Antonio Sierra Montes de Oca.

Contadores. — José Espinosa García y Diego López de la Barrera.

Vocales. — Juan del Valle Fernández, Enrique Fuentes Márquez, Antonio Estudillo Galera y Antonio Durán Ravé.

Al Gremio de Zapateros

DEL PUERTO

Compañeros: La carestía de las subsistencias nos ha colocado en una situación insostenible que no podemos soportar por más tiempo, y como no han de venir a nuestras casas a traernos lo que necesitamos, como nosotros somos los que tenemos que buscar, hagámoslo, empleando para esto los medios más legales y evitando en lo posible toda nota discordante entre patronos y obreros.

Los patronos atenderán nuestra petición imitando así a sus colegas de Jerez, que han concedido a sus operarios las mejoras que justamente les han reclamado.

Eso es obrar en justicia, y como los patronos de esta localidad son justos y equitativos, estoy seguro que, teniendo en cuenta nuestra precaria situación, atenderán nuestras demandas.

Si así no lo hacen, tenemos derecho a protestar de sus conductas y mantener nuestro criterio con serenidad y firmeza, hasta que, desengañados de que la unión de los trabajadores está por encima del egoísmo patronal, obren en justicia concediéndonos la petición que les hagamos.

Rafael Aguilar Reyes.

Puerto.